



# Acuarelas descoloridas

por V. Cobreros Uranga

así como un magnífico reloj de oro, con sonería, en lo hondo y recóndito de su más profundo bolsillo, que poseía la particularidad de dar las horas cuando menos podía imaginarse uno; la sorpresa de los inadvertidos y el azorado disimulo de su dueño en semejante trance, solían tener un punto de fina comicidad, que se le escapó por alto explotar al estupendo Charlie Chaplin. Don José Egurrola, el organista, dueño de un rico anecdotario de su larga estancia en el Uruguay y la Argentina —donde, entre paréntesis, conociera al «Gran Arlote», nuestro inmortal Iparra-guirre—, así como de una brujulilla, que usaba en leontina, y que, por su posición pendiente de la cadena del chaleco, en lugar de indicar el norte, señalaba el cénit, al filo del ala de su negro y brillante «canotier». Completaba el terceto el coadjutor de la parroquia, don Pedro «Zarra», que, por esas paradojas que se dan, era, con mucho, el más joven de los tres.

Habían dejado ya atrás lo que antaño fue la Puerta de San Juan, cabe la torre Jáuregui, e iban, paso a paso, a pleno sol, acercándose al Camposanto. En llegando frente a la entrada, se pararon un momento para enjugarse el sudor de sus frentes, con aquellos grandes pañuelos de hierbas, aún en uso, desde tiempos anteriores a los del rapé. Fue entonces cuando se cruzó con ellos el mandadero del convento de las MM. Agustinas, que bajaba al pueblo a realizar alguna encomienda de las monjas, aligeró el paso, más que por lo rápido de la cuesta abajo, por cierto imán que en él ejercía poderosa atracción: la taberna de Albishu, en la que, aparte del espeso y negro «ñaparra» —de delicioso trasiego—, se cocían allí sinfín de chismes y cuentos, que podía él traer y llevar de un lado para otro.

Hijo de ilustre prosapia, según se decía, Juan Joshé era un tanto filósofo en su coitada simpleza. Arrastraba las alpargatas al andar, pese a hacerlo con menudos pasos que tenían más del salto del gorrión que otra cosa. Una continua sonrisa a flor de labios contrarrestaba el brillo de su mirada, algo irónica. Su pequeña humanidad se perdía en los amplios y raídos pantalones y su enorme chaqueta, que le caían, flácidos, como la vela lacia de un patachón en calma chicha.

Al pasar frente al grupo, Juan Joshé se llevó la diestra al vuelo de su mugrienta boina y murmuró un respetuoso saludo:

—¡Arratzalde-on, Jaunak!

—¡Hola, Juan Joshé!

Fue don José, el organista, quien con su excelente humor, inquirió de él:

—Oye, Juan Joshé, ¿qué quiere decir, en castellano, eso que pone ahí?

Y señaló el rótulo que campea sobre el dintel de entrada del Camposanto, escrito con gruesas letras negras:

LAISTER ESANGO DA  
ZUEN GATIK ESATEN  
OI DANA ORAIN GUGATIK  
¡¡ILL ZIRAN!! (1)

(1) Pronto se dirá de vosotros lo que se dice ahora de nosotros: ¡¡Murieron!!

Juan Joshé miró de reojo el letrero; se rascó la pelambre por detrás de la oreja, mientras escrutaban sus ojillos suspicaces en los semblantes de los tres amigos la intención de la pregunta. Como no notara en ellos el menor asomo de posible guasa, respondió, sincero:

—¡Que ahí están los que han morido y los que morirán!  
Los tres amigos, a una, soltaron tres sonoras carcajadas.

No recuerdo si lo he contado alguna otra vez. Para mí tiene gracia la cosa; quizá no tanta para los que no llegaron a conocer a los protagonistas del ingenuo y pintoresco lance, excelentes y simpáticos personajes de un Rentería que va quedando ya muy atrás.

Eran otros tiempos aquellos, con estar, sin embargo, tan próximos a nosotros. Lo que más ha contribuido a alejarlos es, sin duda, el ritmo acelerado de la vida actual; el afanoso correr de ahora, para que se nos escapen, al cabo, esas horas que las manecillas del reloj ya nunca apuntan: las del sosegado asueto; entiéndase tertulia de café, rebotica o círculo, o aquel otro, peripatético platicar, bajo la fronda de Zumardi-aundi o al socairado solcito de las huertas de Esticho y de la Fandería.

Viene a cuento esta casi elegiaca añoranza, porque la anécdota que quiero referir ocurrió, precisamente, en un paseo; aquél que aún era entonces posible, porque el viejo camino de Gaztelucho no estaba, como en la actualidad, encauzado, canalizado, alcantarillado —como el río, por los muros de contención— por las casas que se han ido construyendo a su vera y lo han convertido en calle urbana.

Pasado el somnoliento momento canicular de la siesta —era a la sazón el mes de agosto—, solían reunirse los tres, todos los días, en la fresca penumbra de la sacristía, presidida, en aquel entonces, por la maravillosa talla de la Asunción, «La Perla» —auténtica joya, procedente del retablo que antecedió al altar mayor que conocemos—, y que hoy se halla en uno de los dos altares neogóticos laterales. Terciados los manteos a lo torero, dos de ellos, y requerido su bastón de ébano, el otro, salieron de la iglesia por la puerta pequeña los tres amigos, encaminando sus pasos, cuesta arriba, por la pina *aldapa* de Goiko-kalea.

Eran ellos «Bikayo-jauna», don Francisco María Ayestarán, que conservaba mil recuerdos en su memoria de aquellas sus andanzas por Tierra Santa, Atenas y Roma, repletas de peripicias,